

Aunque al libro pueda achacársele una visión excesivamente centrada en el ámbito franco-suizo, especialmente en el apartado de la bibliografía y las fuentes documentales (donde se echa en falta una mayor apertura del foco, lo que hubiera permitido corroborar las hipótesis de universalidad del fenómeno), o un mayor detenimiento en el análisis de aquellos rasgos de la arquitectura médica que influyeron tan notablemente en la arquitectura moderna, es de justicia valorar positivamente los resultados del trabajo. Recapitulando: la invención de toda esta «arquitectura para tratar», analizada a través de los edificios médicos valdenses construidos entre 1760 y 1940, da cuenta, o al menos ayuda a entender, la emergencia de la arquitectura racionalista, del papel de médicos y arquitectos en la construcción de estos «monumentos a la gloria de la salud pública o de la filantropía», de fenómenos históricos y sociales como la medicalización de la sociedad y del territorio, así como del turismo médico (germen del turismo moderno). Fenómenos, todos ellos, con una gran repercusión en la sociedad actual. ■

M.^a Rosario del Caz Enjuto
Universidad de Valladolid

Enric Novella. La ciencia del alma. Locura y modernidad en la cultura española del siglo XIX. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert; 2013, 222 p. ISBN: 978-84-8489-703-3 (Iberoamericana)/978-3-86527-753-4 (Vervuert). € 20.

La Modernidad puede entenderse, entre otras formas, como fenómeno cultural destinado a erradicar la alteridad o, al menos, a convivir fructíferamente con ella. En este sentido, el alienismo fue una de las «ciencias de la diferencia» que la sociedad burguesa, cada vez más consciente de su capacidad abarcadora (o invasora), desarrolló para adentrarse en la alteridad (o conquistarla) utilizando la luz (o las armas) del conocimiento. Pinel dio el primer paso fundamental en la creación del alienismo, pues su obra muestra la radical escisión constitutiva del sujeto moderno y la consiguiente presencia de una alteridad esencial en su psiquismo. Esquirol, poco después, daría el segundo, al considerar que la alteri-

dad del loco no era ni completa ni irreversible, sino que existía una continuidad con la cordura y un posible camino de retorno hacia ella. La locura devino una cuestión de grado, una exacerbación más o menos espectacular de estructuras mentales compartidas por locos y cuerdos.

Tal es el escenario genérico, perfilado en la introducción del libro, en el que Enric Novella despliega su investigación sobre las nuevas consideraciones en torno a la locura en la España en los decenios centrales del XIX, las cuales sentaron las bases para el desarrollo de la medicina mental en las décadas siguientes. En el contexto específico del trabajoso camino hacia la Modernidad de la sociedad española, el autor se dirige en la primera mitad del libro a las causas que motivaron la aparición de esas novedosas visiones de la locura: por un lado, la difusión por los círculos liberales de las proclamas democráticas y filantrópicas; y, por otro, la aparición de una nueva subjetividad que pasó a ser objetivo de las nuevas doctrinas científicas mentales. A continuación, ya en la segunda mitad de su trabajo, Novella nos muestra sus consecuencias: el establecimiento de los presupuestos ideológicos que condujeron a la medicalización del psiquismo, por una parte; y, de otra, la creciente presencia de los médicos en la regulación de los asuntos sociales, dado que las nuevas visiones de la locura surgieron concomitantemente con una demanda de regeneración moral de la sociedad.

El libro tiene una perfecta estructura simétrica: una introducción, un epílogo y entre ellos cuatro capítulos con cuatro partes cada uno. El primero de los capítulos, titulado «Ciudadanos y locos», nos muestra primero el incremento de la curiosidad pública por la naturaleza, las peculiaridades de la locura, así como por los establecimientos y dependencias hospitalarias en donde se encontraban recluidos los locos. Prosigue con el análisis de las denuncias, suscitadas a partir de dicha curiosidad, sobre las lamentables condiciones en las que se llevaba a cabo el trato y la custodia de los locos, mostrando cómo se fue extendiendo un estado de opinión proclive a una mayor dignificación de las condiciones asilares, a la prohibición del trato violento y al cuidado de locos, enajenados y dementes con regímenes más acordes con los postulados del nuevo alienismo. Aquí el autor hace hincapié, mediante el análisis de las fuentes literarias y periodísticas, en que la difusión de estos planteamientos reivindicativos no se limitó a los médicos interesados profesionalmente en la nueva medicina mental, sino que abarcó también a un público culto, minoritario pero muy activo, que empezaba a ser consciente del nuevo tipo de sociedad que la Modernidad implicaba. El capítulo termina indicando que todas esas exigencias para la reforma del tratamiento de la locura y de su gestión institucional se inspiraron en las consideraciones modernas de la locura que hacían de ella una perturbación de carácter «moral».

Novella recuerda aquí las primeras experiencias con el tratamiento moral en la década de 1840 por el médico Francesc Campderà en la «Torre Lunática» de Lloret de Mar y por José Rodríguez Villargoitia y Juan Bautista Perales en las salas de dementes de los hospitales generales de Madrid y Valencia, respectivamente. Asimismo, recoge que la narrativa y los folletines de la época recurrían con frecuencia a personajes que, arrebatados por las furias de la locura, recobraban espectacularmente la razón mediante maniobras que conllevaban una fuerte carga afectiva. Pero, con todo, señala que el género que sacó mayor provecho de estas curaciones «morales» fue el teatro. Pone como ejemplo el drama histórico de Tomás Rodríguez Rubí, estrenado en 1848 y titulado *La trenza de sus cabellos*, al cual destacó la crítica del momento por estar escrito siguiendo los postulados de la medicina y de los requisitos científicos, por la exactitud del cuadro filosófico y natural de la natura que contenía y por su perfecta exposición del tratamiento moral de las enajenaciones. Los límites de la sinrazón se hicieron así, en estas décadas y por diversas vías, cada vez más permeables y la cuestión de si un hombre podía ser enteramente cuerdo y tener simultáneamente algo de loco, se volvió cada vez más acuciante.

La segunda parte, «Los paisajes del alma», está dedicada a relatar la aparición y desarrollo de la nueva subjetividad a lo largo del periodo estudiado. Se analiza en este sentido esa conversión del hombre, propia del Romanticismo, de miembro indefinido de un estamento social a sujeto único, pleno de fuerzas internas —o, si se quiere, de interioridades del alma— capaces de otorgarle ese carácter distintivo. Esta circunstancia explica en parte el auge del género autobiográfico, que alcanzó por entonces una gran proyección. A pesar de que estas memorias fueron, en la gran mayoría de los casos, básicamente testimoniales o justificativas, no dejaba de vislumbrarse en estas exploraciones de sí mismo, de forma más o menos acusada, el caos insondable del yo moral. Ese interés por la individualidad y sus conflictos guarda inevitablemente relación con la expectación despertada entonces por la frenología y el magnetismo animal. La frenología fue una de las primeras manifestaciones del organicismo cerebral y el magnetismo animal, por su parte, constituyó uno de los precedentes de la hipnosis y de la psicología del inconsciente. Como resalta el autor, tanto la frenología como sobre todo el magnetismo eran conocidas desde bastante antes, pero fue justamente en las décadas de 1830 y 1840 cuando se convirtieron en objetos de cultura popular, a lo cual contribuyó no poco la labor divulgadora llevada a cabo por Cubí y sus seguidores. En todo caso, ambas sirvieron claramente de acicate para la preocupación psicológica presente en amplias capas de la sociedad burguesa de entonces. Fruto de esa inquietud, recoge Novella, fue la aprobación

en 1845 del Plan General de Estudios del ministro de la Gobernación del primer gabinete de Narváez, el liberal Pedro José Pidal. El Plan Pidal introdujo por primera vez en la enseñanza media o secundaria una materia con la denominación específica de «Psicología», para cuya docencia se tomó como libro de texto en 1849 por el Consejo de Instrucción Pública del régimen isabelino el *Curso de psicología y lógica*, de Monlau y Rey, que acabó constituyendo uno de los impulsos fundamentales para la proyección del «yoismo» (la consideración del yo, de mi propio yo, como la única realidad absoluta y positiva) en la España de la segunda mitad del XIX, tal y como lo refleja Cajal en los *Recuerdos de mi vida*.

La tercera parte, «La medicina del espíritu», aborda la creciente apropiación del psiquismo por la medicina, que acabaría dando lugar a la formación de disciplinas como la medicina mental, la psicología experimental o las neurociencias. Aquí Novella llama la atención del lector sobre las continuas referencias a la medicina como «ciencia del hombre» en el discurso médico de la primera mitad del XIX, argumento sobre el que se basó en gran medida la renovación de la profesión y el consiguiente incremento de su prestigio e influencia social, ya que posibilitó la extensión de su ámbito de acción a las diversas dimensiones de la vida individual primero y de la vida social a continuación. La apropiación por la medicina de las diversas facetas vitales del individuo ocasionó una creciente atracción sobre los fenómenos intelectuales y morales del sujeto debido a su influencia sobre la parte física del ser humano. Siguiendo esta común sintonía, a mediados del XIX los médicos españoles daban por sentado sin discusión que el estudio de las pasiones formaba parte esencial de su práctica. Las ancestrales pasiones se medicalizaron así cada vez más, lo que llevó aparejado su progresiva sustitución por la emociones, concepto mucho más adecuado para emprender el estudio de la esfera afectiva. El concepto tradicional de las pasiones, que acarreada una pesada carga moral y normativa al estar encadenada a la concepción del alma como instancia espiritual, no encajaba con las pretensiones modernas de considerarlas fenómenos positivos similares a los cualquier otra función orgánica. En consecuencia, las pasiones dejaron paso a la categoría secular de las emociones y el alma o la conciencia por su parte, progresivamente naturalizada, dejó paso a la mente.

La cuarta parte, «El malestar de la cultura», se centra, por último, en la difusión de la medicina como saber antropológico, más allá de los límites del individuo, y su aspiración a convertirse en referente moral avalado por la autoridad de la ciencia de la moderna sociedad burguesa y secular. Novella rastrea este movimiento a través de creciente importancia que la imaginación cobró para los médicos. Ya a lo largo del XVIII lo relacionado con la imaginación se había tornado

objeto de inquietud para médicos, filósofos y artistas. Los médicos españoles del XIX, en línea con esta tendencia, compartieron esa inquietud frente a los efectos mixtificadores de la imaginación. La imaginación, como se recoge en la literatura higienista, podía proporcionar grandes goces, pero también falseaba el juicio y llevaba al espíritu a los actos más desaforados. En la esfera social, la imaginación y las pasiones en su conjunto también fueron vistas desde esta paradoja: por un lado, se las tenía por necesarias para el bienestar de la sociedad; pero, por otro, también eran vistas por los médicos higienistas como una de las mayores amenazas para la salud, la razón y el orden social. En opinión de la mayoría de los médicos de la época, los peligros de la imaginación o los abismos insondables de las pasiones podían ser conjurados por medio de la voluntad. Esta utilización terapéutica de la voluntad supuso la puesta en marcha de variadas formas de introspección, de expediciones de conquista de los territorios de la mente, de exploración y regulación de los dominios de la subjetividad. Pero, además, dada la vocación crecientemente pragmática de la medicina, hizo que los nuevos modelos de regulación del individuo moderno y de su voluntad sirvieran de referente para la regulación de la sociedad moderna en su conjunto. De este modo, el viejo arte de curar, se concluye en el libro, amplió su legítimo ámbito de intervención a los insondables dominios del espíritu, asumiendo asimismo, en función de su pragmatismo, la alta misión de equilibrar y dirigir el laberinto de la nueva sociedad burguesa y secular.

La obra termina como un epílogo titulado «Hacia la Psiquiatría», en el que se hace un relato sucinto de la llegada relativamente tardía a España de la medicina mental y de su progreso plagado de meandros. Vemos aquí que en torno a la década de 1840, con el apoyo de una considerable porción la opinión pública, los médicos españoles acometieron la progresiva introducción de los discursos y prácticas de la nueva medicina mental. Pero que no sería hasta la década de 1850 cuando este proceso alcanzó las realizaciones más consistentes: el nombramiento y las publicaciones de Pi y Molist en Barcelona, la llegada de Zacarías Benito González al Hospital del Nuncio de Toledo y la fundación de varios manicomios privados en las afueras de Barcelona (el establecimiento de Pujadas, el manicomio de Nueva Belén y el Instituto Frenopático de Dolsa y Llorach). Estas iniciativas privadas quedarían reforzadas a partir de 1877 con la fundación del Sanatorio de Esquerdo en Carabanchel y la entrada de la Orden de San Juan de Dios en la administración de distintos hospitales psiquiátricos. La escasez institucional no fue la única traba que la naciente psiquiatría española tuvo que arrostrar en su proceso de consolidación social y profesional. Esas otras dificultades con las que la medicina mental lidió en busca de reconocimiento las ilustra

Novella a través del caso de Juana Sagrera, que supuso la primera gran victoria del alienismo en España. Todo este cúmulo de precariedades hizo que las realizaciones de la medicina mental española distaran de las del alienismo francés de la primera mitad del siglo XIX o de las consistentes aportaciones de la psiquiatría alemana de la segunda mitad del siglo. Con todo, como remata Novella, aun con las inevitables desigualdades en ritmo y profundidad, sus propuestas y categorías tuvieron cuando menos una presencia constante y una creciente influencia desde su surgimiento en las décadas centrales del XIX.

El libro se complementa con una relación de la exhaustiva bibliografía utilizada y de un índice analítico y onomástico cuidado.

El trabajo está escrito de forma esmerada; con un estilo aleccionador, pero sencillo y agradable. Evita cualquier barroquismo innecesario y lleva de la mano al lector hacia sus tesis combinando sutilidad con empeño. Busca convencer, pero sin abrumar ni aprisionar al lector, dejándole el suficiente espacio para que efectúe, si así lo desea, su propia reflexión independiente. Combina las publicaciones periodísticas, los textos literarios y las fuentes médicas de forma diestra en su recreación de los pasos inaugurales de la medicina mental española durante el accidentado tránsito a la modernidad del país. Nos ofrece así, como se ha intentado poner de relieve en esta breve reseña, una panorámica sumamente atrayente de las distintas causas y efectos de la nueva percepción de la locura a través de unas perspectivas muy novedosas. Un libro, en suma, para aprender disfrutando. ■

Ángel González de Pablo

Universidad Complutense de Madrid

Ricardo Campos. El caso Morillo: crimen, locura y subjetividad en la España de la Restauración. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas / Frenia; 2012, 270 p. ISBN: 978-84-00-09593-2. € 15.

Los estudios sobre la medicalización del crimen y el conjunto de tecnologías disciplinarias, presupuestos cognoscitivos e intereses profesionales implicados en este proceso componen sin duda uno de los ámbitos más destacados de la historiografía psiquiátrica de las últimas décadas. Como es sabido, el propio Michel Foucault abrió el camino y lo sazonó con algunas contribuciones pione-